

## Domingo IV. En busca de la felicidad

Si nos preguntaran en qué consiste ser cristiano, ¿cómo responderíamos? Creo que la respuesta más frecuente sería que la vida cristiana consiste en obedecer los diez mandamientos, cumplir con nuestros deberes para con Dios y el prójimo, o servir a Dios y ayudar al prójimo. Pero difícilmente diríamos que la vida cristiana consiste en buscar la verdadera felicidad. ¿Por qué razón? Quizás porque hablar de “deberes” suena a generosidad, a virtud, a entrega de sí; hablar de la felicidad, en cambio, suena interesado o incluso, egoísta. Para muchos autores, precisamente esa idea de que la religión nos marca deberes cuyo cumplimiento exige sacrificar nuestra felicidad en este mundo es una de las causas principales de la *deserción* de la fe.

Ese pudor de expresar nuestro anhelo de felicidad, y lo importante que es en nuestra vida, no se justifica. Dios mismo ha puesto este deseo en nuestro corazón, que es en el fondo deseo de Dios. Y no es un deseo entre otros: la felicidad es el fin último, el sentido profundo de todo nuestro obrar, lo aceptemos o no. Incluso quien se quita la vida lo hace para ser menos infeliz, lo cual es una manifestación, por equivocada que sea, del mismo deseo. De ahí que la concepción correcta de la felicidad, es decir, la felicidad verdadera, hace posible una vida bien orientada, mientras que una concepción falsa o deficiente conduce al extravío.



Fra Angelico, *El Sermón de la Montaña*, 1437-1445

Esto nos ayuda a entender la importancia del evangelio de hoy. Mateo nos introduce en llamado “Sermón de la Montaña”, el discurso inaugural de Jesús. “Inaugural” no solo por ser el primero, sino porque presenta el núcleo de su mensaje, que luego irá desarrollando. Y el primero de todos los temas que trata es, precisamente, el que nosotros tendemos a ignorar o callar: la felicidad verdadera, la *Bienaventuranza* que es la felicidad de Dios, de la cual quiere hacernos partícipes.

¿Cuál es la idea corriente de la felicidad? Espontáneamente vinculamos la felicidad a la fortuna, la “estrella”, que nos brinda o nos niega la salud, el bienestar material y una vida afectiva satisfactoria (“saludo, dinero y amor”, dice una canción). Y es verdad que estos son componentes ordinarios de la felicidad, pero no son suficientes. Cuántos casos conocemos a nuestro alrededor en que personas

que contaban con todo esto, echaron a perder sus vidas. En las Bienaventuranzas Jesús desafía este modo demasiado humano de pensar: la felicidad verdadera no consiste esencialmente en “bienes de la fortuna” sino en actitudes interiores ante la vida, de modo que somos nosotros y nuestra libertad, no la fortuna, lo decisivo.

Se suele hablar de bienaventuranzas negativas y positivas. Las primeras indican lo que la felicidad no es: no consiste en las riquezas (felices los pobres de espíritu), no consiste en la fuerza (felices los mansos), no consiste en estados de ánimo (felices los que lloran). Las demás, en cambio, nos dicen qué actitudes nos conducen a la felicidad: buscar la voluntad de Dios y no la nuestra (hambre y sed de justicia), salir al encuentro del sufrimiento ajeno en vez de rehuirlo (los misericordiosos), unificar nuestro corazón en vez de dispersarnos entregándonos sin más los reclamos de nuestras pasiones (los puros de corazón), buscar la paz en vez de atizar la discordia (los pacíficos), ser fieles al Evangelio aun a costa de nuestra fama (los perseguidos).

El Catecismo dice:

1) que se trata de “promesas paradójicas”. La “paradoja” está en que nos dicen que podemos ser felices en medio del dolor, el sufrimiento, el esfuerzo, las dificultades. Las bienaventuranzas nos brindan esperanza porque son promesas de felicidad, no solo para la vida eterna, sino ya en este mundo.

2) Ellas “dibujan el rostro de Cristo y describen su caridad”. Los intentos de reconstruir el rostro físico de Jesús son, en el fondo, irrelevantes. Jesús es quien encarna estas actitudes, y en ellas encontramos su verdadero ser.

3) Han sido inauguradas en la vida de la Virgen María y los santos. Ellos no renunciaron a la verdadera felicidad, al contrario, fueron los primeros en vivirla.

Con esto no pretendemos excluir el cumplimiento de los mandamientos, nuestros deberes para con Dios y el prójimo como si no fueran importantes. Al contrario: si vemos los mandamientos como una renuncia a ser felices, trataremos de cumplirlos con lo mínimo posible; si en cambio los vemos como caminos para nuestra felicidad, podré entregarme a ellos de todo corazón.

En resumen, las Bienaventuranzas tienen para nosotros una importancia central. Y sin embargo, reflexionamos poco sobre ellas. La perspectiva de la felicidad había quedado relegada en la enseñanza cristiana pero hoy la Iglesia la redescubre. Cuando Francisco, tituló su primer documento “La alegría del Evangelio” no estaba queriendo captar nuestra simpatía, sino devolver a la alegría (concepto análogo al de felicidad) su lugar central en la vida cristiana, cualesquiera sean sus condicionamientos concretos. Así, dice en el n. 6:

“Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua. Pero reconozco que la alegría no se vive del mismo modo en todas las etapas y circunstancias de la vida, a veces muy duras. Se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo.”

Por eso, no deberíamos vacilar en afirmar: “Somos cristianos porque deseamos la auténtica felicidad, en esta vida y en la eterna”.

Pbro. Gustavo Irrazábal